

servar; en los casos en que la Relatividad General predice efectos pequeños observables, los astrónomos los han podido confirmar. El campo macroscópico principal que todavía está por explorarse es la estructura del universo.

"Se puede esperar que en los próximos cinco o diez años nuestro material de observación de los objetos extragalácticos se enriquecerá muy notablemente por las observaciones que se hagan en el telescopio reflector de doscientas pulgadas de Monte Palomar, y por las que se hagan por radioastronomía y también por las que se realicen desde bases extraterrestres. Entonces será posible poner verdaderamente a prueba la Teoría de Birkhoff, lo mismo que muchas otras teorías con implicaciones cosmológicas. Hasta que esto sea

posible nos reservamos nuestro veredicto final."

NOTA: Mi amigo el profesor Garret Birkhoff de la Universidad de Harvard, e hijo de George David Birkhoff a quien yo tanto admiré, me escribió una carta en la que me aclaró una de las anécdotas que se relatan en este artículo. Me dice Garret Birkhoff que su papá hizo un juego de palabras con la expresión "talla". Al afirmar George David Birkhoff que no había en Estados Unidos ningún científico de su "talla", se refería únicamente a su estatura física, pues ésta era muy considerable. Luis Enrique Erro interpretó el giro de "talla" como la estatura intelectual. George David Birkhoff se dio cuenta del error de Erro por su expresión facial, pero no tuvo tiempo de aclarar este asunto, habiendo llegado a su casa muy preocupado porque Erro podría haber tomado en serio su juego de palabras, como ocurrió. El profesor Garret Birkhoff me suplica que se incluya en el artículo presente una nota explicando el acontecimiento. C. G. F.

NOTAS DE VIAJE

Por Tomás SEGOVIA

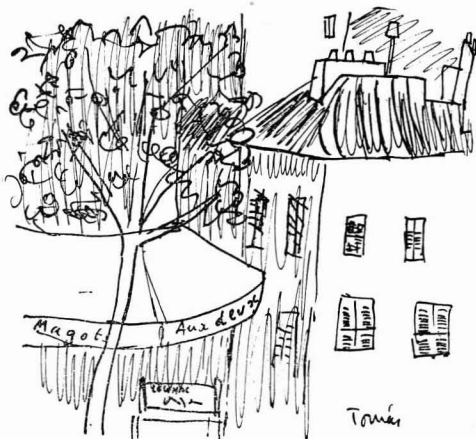
I

París o el orden

CREO QUE entre las muchas cosas únicas o casi que tiene París, el orden es la más profunda y característica. Todo, desde los planos del metro y los letreros de los autobuses, hasta las gorras a cuadros de los obreros y las barbas de los estudiantes, pasando por la Academia, la Comédie Française y Pigalle, respiran voluntad de orden. París es el orden. Un orden que es estilo, que consiste en tener estilo, en ser reconocible. Hay un estilo de París, y hay unos estilos de ese estilo. El estilo general es tan envolvente y fascinante, que esos extranjeros, nórdicos, negros, asiáticos, que residen allí en gran número, acaban por ser los más parisinos de los parisinos. Son extremistas y celosos en su "parisinismo": están enamorados de él.

Todo se funde en este estilo, se empaqueta de él: la torre Eiffel acaba por ser gótica, "la Samaritaine" casi desaparece, el palacio Chaillot se acepta, y muchos confían en que el edificio de la O.N.U. acabará por no ser horroroso. El estilo le va dando a todo su lugar: los surrealistas, los existencialistas, los letristas tienen su lugar. Y todo busca su lugar, para sentirse explicado. En París no tener lugar es sentirse inexplicado. Allí, y sólo allí, pudo decirse: "el estilo es el hombre". A veces también casi llega a pensarse que el hombre no es más que estilo.

París no es la ciudad más grande, ni la más rica, ni la más interesante, ni la más densa, ni siquiera la más elegante del mundo. Pero es la más ciudad. Tiene el estilo ideal, el orden arquitectónico de la gran ciudad. Es diverso y uno; pero no, como Roma, gracias a un profundo espíritu del desorden, sino con la unidad clara del orden. Un orden que es reconocer, reconocerse. A los tres días de estar en París reconoce uno el estilo de los diferentes barrios, adivina incluso a qué barrio pertenece la gente que va por la calle. Hay el estudiante con su tuffel-coat y su barba lineal; la estudiante con pantalones, greñas a lo Marina Vlady, labios pálidos y ojos pintados; la *midinette* con zapato



bajo, permanente, vestido de percal; el joven industrial con suelas de crepé, camisa sport y Ferrari. Todo aquello parece gobernado en secreto por Racine y Molière, todos son tipos, todos insisten en el estilo que los caracteriza y casi los fundamenta; hasta el extravagante tiene su estilo de extravagante. ¿No ha dicho el mismo Camus, argelino y todo, que el estilo es la búsqueda de la unidad? Y si después impone ciertos límites, cierta "medida" a la estilización, tal vez habrá que ver el origen de esta falta de entusiasmo en su tardía llegada a la capital. Malraux, se ve en seguida, es más parisino.

Esta preponderancia de la unidad de estilo tiene sin duda sus condicionamientos.



tos. Y en primer lugar, el aire y la luz. Las ciudades se amoldan a su paisaje, pero también a su aire. El aire de París es de lo más peculiar, alado, delicado, frágil. No se respira, se bebe como un vino ligero, fresco, alegre, que vivifica y reconforta. En París el reposo es el aire. Este es uno de los motivos de que se viva en la calle como en pocos sitios, de que haya centenares de cafés al aire libre, todos atiborrados. (Otro motivo es que mirar es una actividad sustancial.) Los vapores, humos, gases y todas las demás impurezas no logran quitar a este aire su carácter cristalino. A veinte metros de un gran bulevar el aire es ya otro, se aquieta en las callejuelas, transparente y campestre, mata los ruidos y los olores con una especie de frialdad casi moral. Es increíble la paz, la ligereza que coexiste con los más tremendos bullicios. Si entra uno en las callejuelas que rodean Saint Séverin, entra uno en la Edad Media; pero entra uno solo, sin la época, que queda detenida en la bocacalle.

La luz que atraviesa este aire es irizada, perlada, de color de cuello de paloma fina. Roza apenas las cosas, difumina los colores hasta lo misterioso, escapa a las más perfectas cámaras fotográficas. Todo en esta luz se funde en un tono uniforme infinitamente matizado. Todo parece suavizado con un desgaste de moneda usada, hasta produciéndonos la impresión de haberlo sobado y manoseado personalmente: a veces cree uno recordar la sensación táctil de las estatuas de Notre-Dame. París tiene todo él el tono de su luz, y todo en París tiene el tono de París.

Pero también, sin duda, la búsqueda del estilo tiene sentidos más profundos. El que tiene un estilo claro se reconoce y sabe quién es. Saberlo demasiado precipita tal vez en el academicismo, que es seguramente el Escila y Caribdis del espíritu francés. Porque reconocerse no es conocerse. Los más extravagantes pintores, los más oscuros poetas son aceptados en París apenas se hacen "reconocibles". Pero dudo mucho que esto signifique verdaderamente que se los conoce. Y a veces esta especie de simplificación es un precio mucho mayor de lo que puede parecer; a veces para hacerse reconocible hay que desconocerse: traicionarse. Esa falta de amabilidad de que tanto se quejan los turistas es también una rigidez académica. Todo el que está cumpliendo una tarea se siente un poco celoso guardián del orden — es decir, un poco gendarme. Allí no hay más derechos, precisamente, que los "reconocidos". Lo cual, como es natural, no deja mucho lugar a la ternura.

Y sin embargo, ¿por qué fascina tanto no sólo París como espectáculo, sino también la vida parisina? ¿Por qué tanto joven, melenudo o no, suspira por ir a morir de hambre a esta ciudad, donde es bastante difícil no morir de hambre? Creo que París ha sido tanto tiempo el sueño de los artistas porque para ellos, a pesar de todo, vivir en el estilo es una liberación. Ellos saben lo que son: artistas; y lo saben más que nadie y lo son con más convicción que nadie. La vida del artista suele ser peculiar, acusada, consciente. Pero en casi todas partes esta peculiaridad es lo que hace que no se le acepte, mientras que en París esto es estilo, casi el estilo ideal; desde el momento en que es reconocible, se le reconoce. Su pobreza



misma tiene un lugar, y uno de los más indiscutidos. París bien vale una miseria.

Ahora bien, creo que algo de esto puede encontrarse en todos los parisinos en general—incluso, con un poco de buena voluntad, en los mismos gendarmes. Las limitaciones y hasta las mixtificaciones del “estilo” son de sobra conocidas, no vale la pena insistir. Tratemos de ver si tiene alguna justificación, por relativa que sea. Me parece que el parisino ama su estilo, en parte, porque encuentra en él una libertad, una liberación personal. Porque el estilo no es la uniformidad, sino casi lo contrario. Claro que hay muchas maneras de conocerse, pero esto no quiere decir que el estilo no sea una de ellas. El parisino expresa en su estilo quién es, y sólo reconociendo claramente esa expresión reconoce claramente quién es. Y quiere saber quién es para ser *alguien*, para poder tener historia personal. Hagamos incluso un poco de psicología del gendarme. El gendarme francés tiene fama de ser el más odioso del mundo. En ninguna otra lengua la palabra “gendarme” es un insulto tan violento como en francés. Ya sólo esto es, en cierto sentido, tranquilizador—para el intelecto, por supuesto. El que no es gendarme sabe perfectamente, “clara y distintamente” (como diría Descartes) lo que debe pensar del gendarme. Nunca se dejará confundir con él, ni dejará que él trate de asemejarse. En cuanto al gendarme mismo, es más odioso que otros porque es más gendarme; *quiere* ser gendarme y, en cierto modo, está orgulloso de serlo: eso le permitirá ser alguien, reconocerse, poder tener una clara biografía, una congruente historia de gendarme. No tendrá ya que buscarse, tiene una base sobre la cual edificar su vida como una obra de historia, como una obra de arte: como una obra, en definitiva. Es decir, como algo cuya esencia está en la voluntad de sentido.

El estilo es la historia. Antes de la *Ilíada* y la *Odisea* Grecia es prehistoria; su historia empieza con el “estilo homérico”. Es muy posible que antes el pueblo griego fuera más creador, más fuerte, más todo; pero después es más griego, después empieza su historia. Sólo cuando este pueblo se ha reconocido puede *libremente* hacer de su destino su historia, crearse, ser un sentido. Esto es un ejemplo, pero ¿no puede aplicarse casi siempre?

En París, por lo menos, creo que sí. El obrero parisino es el más obrero de todos, más que el ruso, más que cualquiera. Vive como obrero, se viste como obrero; lleva gorra de obrero, zapatos de obrero, uñas negras de obrero; tiene bicicleta de obrero, lee periódicos de obrero, fuma ci-

garillos de obrero. Sabe perfectamente cuáles son sus derechos reconocidos, y no dejará atropellar el más pequeño de ellos: es más fácil en una cola colarse a Monsieur Mollet que a un trabajador. Pero también, como es sabido, este obrero es seguramente el más culto del mundo, y (por lo menos en un sentido “académico”) uno de los más inteligentes.

Lo mismo podría decirse de toda la vida, tan organizada, de París. Si se es modista se va a las Tullerías; si intelectual, al Flore o al Deux Magots; si estudiante, a pasear por el Boul'Mich; si *clochard*, debajo de los puentes. Los enamorados pasean al borde del Sena o miran París desde Montmartre; las parejas ricas toman café en Champs-Élysées; las señoras, pastas en el salón de té; los negros, ron en el Quartier Latin. Algo de esto se refleja en el cine. A menudo en las películas francesas nos sorprende la justeza de tono con que hablan los personajes, y admiramos al dialoguista. Pero es que ese tono está allí, marcado, logrado, definido,



en la vida diaria. El *argot* es más académico que muchas lenguas cultas. No hay más que transcribir, y transcribir fielmente, puesto que aquello es estilo y por lo tanto respetable. Y así es como las palabras más tremendas abundan en las películas francesas como la cosa más natural del mundo.

Todo esto es lo que hace que la fascinación de París sea tan fuerte y esté tan extendida. Aunque no sea la más profunda, es la más clara. La inteligencia francesa se esfuerza en reconocer. Vivir en un mundo de reconocidos es casi vivir en un mundo de reconciliados, aunque algunas veces se llegue a estilizar los rostros hasta hacerlos un poco máscaras. París es inteligencia en el sentido de que es asimilable. E incluso cuando esto no nos basta, cuando se nos despierta el hambre de cosas más irreductibles, más hondas, más oscuras y tremendas, creo que sentirnos rodeados de esta inteligencia nos conforta y da ánimos para esas empresas, aunque ella no las conozca.

Carta de Jean Louis Barrault

a SUS AMIGOS de FRANCIA

En México hemos revivido los días hermosos de Río, Buenos Aires, Chile, Londres y New York.

El Palacio de Bellas Artes de México posee más de dos mil plazas. En él hemos dado dos representaciones de cada pieza. Lo cual es un excelente resultado. Nuestra Embajada, bajo la dirección de su excelencia Georges Picot, se ha portado extraordinariamente. Hemos dado doce representaciones de abono y un “Homenaje a Claudel” que ha sido un triunfo. También visitamos la Ciudad Universitaria, verdadera ciudad moderna, construida en la falda de las montañas, en cuyo teatro (mil doscientas plazas) hemos dado delante de los estudiantes un espectáculo gratuito compuesto del primer acto del *Misántropo*, un recital poético de Claudel y algunas poesías y pantomimas. El contacto ha sido maravilloso. Los estudiantes, muy comprensivos y calurosos. Teníamos la impresión de alcanzar el objetivo mismo de nuestro viaje. Esta gira de teatro tomaba su sentido más profundo.

Hacia catorce años que en Bellas Artes la lengua francesa no había resonado (desde Jouvet); en quince días, el amor fue reanimado entre lo mexicano y lo francés.

En lo que me atañe, me han gustado particularmente las calles de México. Esas familias indias que se pasean: el padre y la madre tomados de la mano, seguidos de sus hijitos bien limpios y bien vestidos y a cual más bello. Uno percibe en esas familias, que parecen estar merendando sentados en la hierba, bajo la sombra de los árboles de los jardines, una gentileza, una ternura de los unos hacia los otros que es sorprendente y profundamente conmovedora.

Mucho he apreciado en Yucatán el arte maya, su ciencia astronómica, su encumbramiento espiritual, su pureza; de los zapotecas, su aristocracia severa y perfecta (Monte Albán, Oax.); el misterio oriental de los olmecas; la invención decorativa de los toltecas, la crueldad grandiosa de los aztecas, etc. Me he inflamado al ritmo de los músicos de Veracruz. Me apasionaron las orquestas de mariachis que nos acogieron desde nuestra llegada, y a nuestra salida nos fueron a despedir.

En resumen, que he sido conquistado por México yo que venía a conquistarlo.

(*Le Figaro Littéraire*, 26 de mayo de 1956).